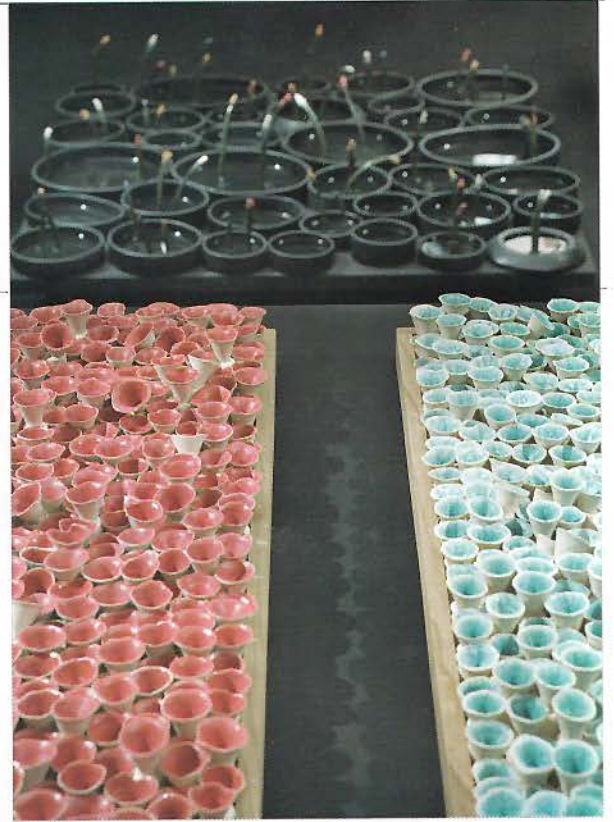


CERAMICA

KERAMOS • FUNDADA EN 1978 • N.º 106 • 2007 • 6,30 EUROS • WWW.REVISTACERAMICA.COM





rosa vila-abadal

jordi marcet

EVA RODRÍGUEZ

La luz de la oscuridad

Con la exposición «La luz de la oscuridad», Jordi

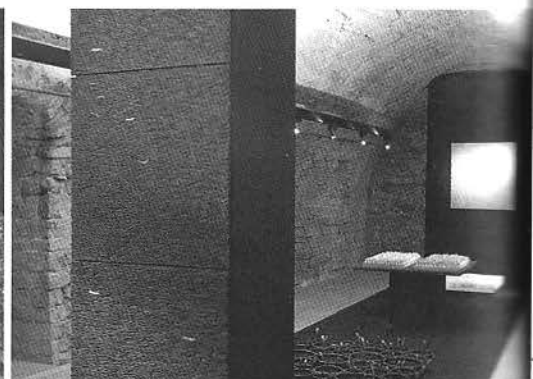
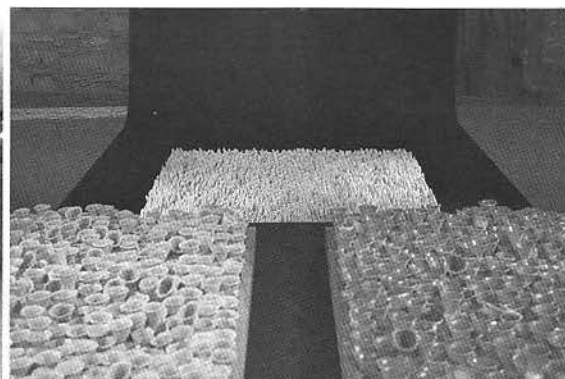
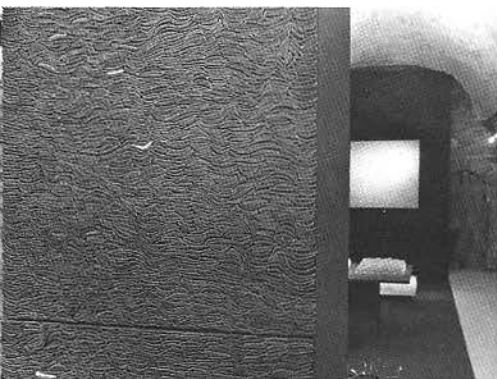
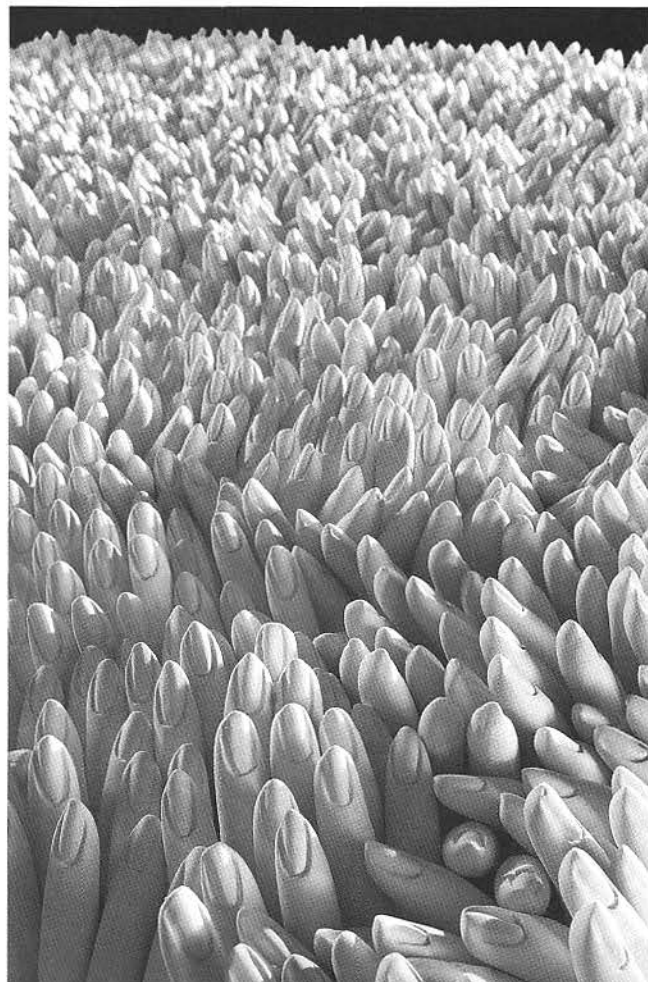
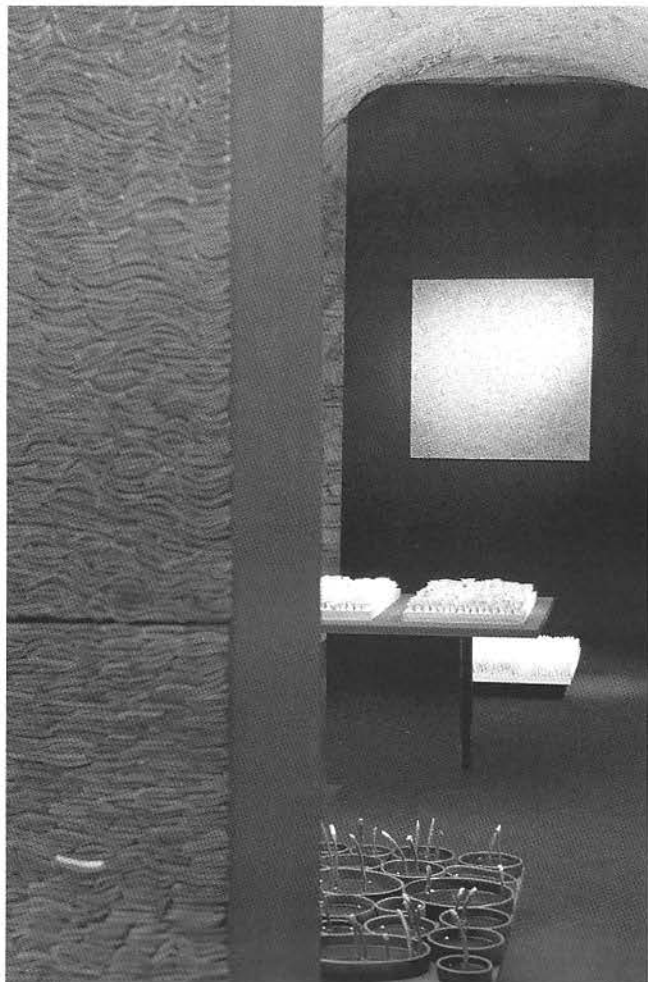
Marcet y Rosa Vila-Abadal vuelven a sorprendernos. Su trayectoria artística ha desembocado, inevitablemente, en una nueva mirada. Sin abandonar su sello personal, que los define y singulariza como artistas, Jordi Marcet y Rosa Vila-Abadal inician una nueva etapa, un punto de inflexión artístico donde la pieza cerámica, antes individualizada dentro de un mismo contexto conceptual, se entiende ahora dentro de un concepto global, que a modo de instalación nos empuja a reflexionar sobre la esencia del hombre y el sentido de su existencia.

¿Dónde está el origen? Partiendo de la incertidumbre, del deseo de querer saber el porqué y el cómo, en un intento de dar algún sentido a nuestra existencia, los artistas Jordi Marcet y Rosa Vila-Abadal presentan «La luz de la oscuridad». Con la cerámica como vehículo de expresión artística y a través de una mirada plenamente contemporánea, los artistas nos desvelan la respuesta a todas nuestras preguntas con una puesta en escena marcada profundamente por la sobriedad, la serenidad y el juego de claroscuros. La instalación de grandes plafones cerámicos pautan un recorrido conceptual por diversos «estadios» de la creación en una especie de viaje iniciático al descubrimiento del origen de la Tierra, el Hombre y el Arte.

¿Dónde está el origen? El viaje se inicia en la oscuridad y el silencio. Un silencio acompasado por el sonido de la bella melodía que Eleni Karaindrou compuso para la banda sonora del film *La mirada de Ulises*, de Theo Angelopoulos. El sonido del silencio marcará el inicio y guiará la cadencia de los pasos en un recorrido físico

y espiritual en la búsqueda incansable de respuestas que den sentido a nuestra existencia. Una luz muy tenue, casi imperceptible al inicio, que gradualmente parecerá más intensa, ilumina, dirige y centra la mirada exclusivamente en aquello esencial. El resto permanece en la penumbra.

Partimos. Cuatro plafones verticales, de dimensiones descomunales, un primer estadio que simboliza la oscuridad absoluta, la nada, el vacío materializado en diminutas piezas cerámicas gresificadas, de negro mate y de tacto aterciopelado. Son pequeñas pinceladas nerviosas que tiñen un inmenso lienzo, un cuadro impresionista salpicado sólo por pequeños trazos de color esparcidos aleatoriamente: nace la luz. Seguimos, y a pesar de que aún predomine el negro (la oscuridad), de las humedades que fluyen de las aguas estancadas en pequeños recipientes cerámicos (la tierra), se intuyen ya los primeros indicios de vida vegetal: formas primitivas, volúmenes, los primeros colores, pequeños puntos elementales de blanco, verde, rojo y amarillo. Una luz aún muy débil envuelve suavemente el contorno de las piezas. La aparición de vida vegetal da paso al estallido del color. La oscuridad parece retirarse tímidamente a un segundo plano para dar protagonismo a la luz y mostrar el esplendor de la naturaleza, representada en un tercer estadio por la multiplicidad de pequeñas piezas ahogándose por el espacio: la exuberancia de las formas orgánicas, coronadas de colores vibrantes, verdes y rojos, nos hacen partícipes de un momento nuevo. Se intuye el cambio. Nos lo apunta un cuarto estadio representado por un mar de dedos, dedos femeninos que parecen mecerse sinuosamente con el viento, un tapiz blanco de voces silenciadas que señalan el camino y nos invitan a la acción. Se aproxima el final y, en él, la respuesta clara a nuestra >>



>> incertidumbre. Suspendido, como si flotase, un gran plafón culmina el peregrinaje. La intensidad de la luz y los colores suaves desdibujan las formas, y un deseo inconsciente nos empuja a salir de la penumbra y acercarnos para ver con claridad. Sólo observando de cerca descubrimos el milagro: un inmenso retablo recubierto de pequeñas caras, un rompecabezas de formas triangulares encajadas perfectamente que parecen flotar de un lugar muy oscuro y profundo hacia la superficie. Muchas caras, engañosamente clonizadas, con los rasgos no definidos aún, que se nos manifiestan con los ojos cerrados en un semblante sereno. Las caras son en realidad una y anuncian un futuro no muy lejano: el nacimiento de un hombre nuevo. Un hombre nuevo que aún ha de llegar, pero que ya está, en ánima. □

Todas las fotos pertenecen a la exposición «La luz de la oscuridad», de Jordi Marcet y Rosa Vila-Abadal

*L'albergueria
Centro de Difusión Cultural del Obispado de Vic
C/ de l'Albergueria, 1
08500 Vic (Barcelona)*

*Tel. 93 889 18 57
albergueria@bisbatvic.com*